

## Cuarto Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2014)

-Eje temático: Economía y Sociedad

-Título del trabajo: **Apuntes para una microhistoria del mundo azucarero durante el primer peronismo. El sindicato de obreros del ingenio Bella Vista (Tucumán, 1944-1949)**

-Nombre y pertenencia institucional de los autores: **Florencia Gutiérrez**. Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET-UNT)-Facultad de Filosofía y Letras (UNT). **Leandro Lichtmajer**. Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET-UNT).

-Dirección electrónica: [florenciagutierrezb@yahoo.com](mailto:florenciagutierrezb@yahoo.com); [leandrolichtmajer@gmail.com](mailto:leandrolichtmajer@gmail.com)

A fines del siglo XIX Tucumán fue el epicentro de una sensible transformación socio-económica, sustentada en la intensificación del cultivo e industrialización de la caña de azúcar. Los ingenios, unidades productivas consolidadas en la década de 1880, moldearon comunidades laborales signadas por la condición agroindustrial de la producción y el ritmo de la zafra (cosecha), que se extendía entre mayo y octubre. De esta forma, los pueblos azucareros se constituyeron en comunidades complejas donde convivían obreros de fábrica y de surco, cuyo vínculo contractual con los industriales o productores de materia prima (cañeros) podía ser permanente o transitorio. La organización laboral era de tipo piramidal y centralizada, “todas las funciones de coordinación y contralor fluían de forma ascendente hacia la cabeza del establecimiento” representada por el administrador, quien contaba con la colaboración de mayordomos, jefes de fábrica y de cultivo, capataces, técnicos, etc. (Moyano 2011, 98). Estos referentes de la jerarquía laboral actuaban como agentes patronales encargados de supervisar los procesos fabriles y pautar los ritmos productivos.<sup>1</sup>

Las comunidades azucareras imbricaron la esfera de la producción y la reproducción de los trabajadores mediante la provisión de la vivienda, beneficio otorgado por los industriales y complementado con otras prácticas paternalistas (educación, atención médica, espacios para el ocio y el entretenimiento, jubilaciones y

---

<sup>1</sup> La configuración espacial de los pueblos azucareros proyectaba las desigualdades y jerarquías sociales. La mayor o menor distancia que las viviendas del personal tenían con el *chalet* de los propietarios del ingenio, radicado por lo general en las cercanías de la fábrica, traducía el estatus de sus habitantes. Las casas de los empleados jerárquicos y técnicos se ubicaban en las inmediaciones del ingenio, luego estaban las de los empleados administrativos, más lejos la de los obreros permanentes y, luego de éstas, los pabellones o conventillos, asentados en las colonias y destinados a los trabajadores temporarios (Campi 2009; Paterlini 1987).

pensiones). Al sujetar las condiciones de reproducción a la continuidad del vínculo contractual con la empresa se configuró un mercado que inmovilizó a la clase obrera a través de la vivienda (Neiburg 1988, 20). La estrecha vinculación entre trabajo y techo desdibujó la frontera entre los momentos de producción y de ocio, acentuando el control industrial sobre el conjunto de las actividades obreras. Por su parte, los “de abajo” dinamizaron y resignificaron este proceso de proletarización de diversas formas y a través de múltiples instancias. La necesidad de fijar y disciplinar la mano de obra se combinó con el paternalismo religioso de los empresarios. El catolicismo social modeló la figura del “buen patrón”, dispensador de beneficios que esperaban ser retribuidos con muestras de obediencia y fidelidad obrera (Bravo 2000, 42). La prédica de la Iglesia influyó en las prácticas de numerosos industriales, que buscaron impulsar las condiciones de vida de sus obreros mediante la promoción de mejoras en sus viviendas, implementar el descanso dominical, brindar asistencia médica, fundar escuelas, reconocer pensiones y jubilaciones. Sin embargo, los industriales fueron reticentes a convertir estos beneficios en derechos y rechazaron todo proyecto legislativo que los tornara en obligaciones (Bravo 2000, 45). Esta postura, que procuraba sujetar las relaciones entre el capital y el trabajo a la esfera privada, postergó el mejoramiento global de la situación obrera y configuró un universo que, en términos de condiciones laborales, fue precario y sumamente heterogéneo (Landaburu 2014).

El sistema de jerarquías y deferencias sociales de la agroindustria permeó en la dinámica política de los pueblos azucareros. Atentos al impacto de las políticas estatales respecto a la agroindustria, cuyas definiciones en materia de protección aduanera, inversión en infraestructura y regulación del mercado interno -entre otros puntos- marcaron el pulso del complejo azucarero, numerosos industriales intervinieron en la política partidaria con el fin de dar cauce a sus demandas corporativas e influir en la administración provincial y nacional. El lugar preeminente que ocupaban en el entramado social azucarero y la multiplicidad de recursos disponibles en los ingenios llevó a los empresarios a tejer redes de interacción política con asiento en las abigarradas comunidades circundantes a las fábricas. La construcción de liderazgos políticos de carácter patronal abonó a la lógica paternalista, al ofrecer a los dependientes del ingenio protección y representación a cambio de fidelidad y apoyo electoral. Secundados por los empleados jerárquicos, que sumaron a las funciones de coordinación del proceso productivo el apoyo en las tareas proselitistas, los empresarios

azucareros participaron activamente en la dinámica política local, buscando erigir a las zonas de influencia de sus fábricas en bastiones electorales.

La presencia tutelar y social del Estado emanado del golpe de Estado de 1943, cuyos vértices se profundizaron durante la primera década peronista, derribaron la privacidad de los pueblos azucareros y la discrecionalidad de la política del “buen patrón”. Los sucesivos decretos nacionales que regularon la actividad azucarera implicaron el avance de derechos laborales cuyo cumplimiento fue impulsado por el sindicalismo -organizado en la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA)- y respaldado por las agencias estatales, principalmente la Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión (DRSTyP). La institucionalización de los oficios y tareas agrícolas y su correlato salarial; el reconocimiento del aguinaldo, el salario familiar, el escalafón y la mensualización de los obreros; la modificación de la jornada laboral en lugares insalubres fueron algunos de los derechos reconocidos. De esta forma, a lo largo de la década del cuarenta, el sistema de relaciones cerrado y paternalista de los pueblos azucareros fue horadado por la consolidación de un emergente orden legal (Doyon 2006, 288). El trastocamiento generado por esta avanzada fue similar al iniciado por la promulgación del Estatuto del Peón Rural. Ambos promovieron “la intervención del Estado y del sindicalismo en un sector de obreros hasta entonces incluido en un sistema de relaciones arcaico” y pusieron en cuestión el poder personal de terratenientes e industriales (Torre 1990, 90). En una dirección semejante, la conformación de nuevas estructuras políticas, dominadas por los actores forjados al calor del proceso de transformaciones iniciado en 1943 -tales como el funcionariado del gobierno militar y los referentes del sindicalismo impulsado desde el Estado- se sustrajo progresivamente de la influencia patronal, abriendo paso una reconfiguración del campo político.

En este contexto de preocupaciones, cabe preguntarse cómo se operó ese tránsito en la agroindustria tucumana, de qué forma la irrupción del sindicalismo y el nuevo posicionamiento del Estado redimensionaron la cotidianeidad de los pueblos azucareros convulsionando consensos, límites y acuerdos tácitos. En un universo fragmentado como el azucarero, las aproximaciones macro obturan la posibilidad de “captar el funcionamiento real” (Levi 2003, 65) de ese pasaje, que convulsionó a los empresarios e interpeló al propio Estado peronista. Por el contrario, reducir la escala de observación y hacer foco en una comunidad laboral permite repensar algunas implicancias centrales del proceso de sindicalización y organización política de los trabajadores. Nos

referimos, por ejemplo, al cuestionamiento a los postulados del paternalismo, la arena en la que fue construyéndose el poder obrero, la relación de la dirigencia de base con los referentes políticos locales y la forma en que las cuestiones de clase atravesaron el asociacionismo laboral, entre otras.

En virtud de dichas consideraciones, esta ponencia tiene como objetivo analizar aristas sensibles de la gravitación del peronismo en el entramado político-asociativo del mundo azucarero tucumano a partir de una escala reducida de análisis: el sindicato de obreros del Ingenio Bella Vista. Mediante una contextualización densa e intensiva, el texto pretende ofrecer una microhistoria de uno de los principales pueblos azucareros de Tucumán y visibilizar, de ese modo, las experiencias y representaciones de sus habitantes en los albores del peronismo. El recorte temporal se extiende desde la fundación del sindicato hasta su intervención, luego de la gran huelga azucarera de fines de 1949, fecha en que la dinámica sindical fue sustancialmente modificada.

Intentamos, de ese modo, afrontar el desafío de avanzar en una “descripción más realista del comportamiento humano” preocupada por los cruces que la acción y el conflicto asumen “más allá, aunque no al margen” del contexto en el que se inscriben, el que debe ponderarse no sólo por su fuerza coercitiva, sino por la forma en que sus intersticios, contradicciones y tensiones modelan las experiencias sociales (Levi 1993, 121). En este caso, la comunidad laboral del ingenio Bella Vista se convierte en un observatorio privilegiado para desentrañar el juego de posibilidades, incertidumbres y elecciones de los obreros azucareros al despuntar la década de los cuarenta.

### **1-El sindicato bellavistense: desafíos e interpelaciones del poder obrero**

El ingenio Bella Vista, ubicado en el departamento de Famaillá (25 km. al sudeste de San Miguel de Tucumán), fue fundado en 1882 por los inmigrantes españoles José y Manuel García Fernández. Diez años más tarde, Manuel quedó como único propietario, lugar que ocupó hasta su muerte (1923). En esa fecha el ingenio pasó a manos de su hijo mayor, Manuel Ramón García Fernández, quien estuvo al frente de la fábrica hasta 1965. De acuerdo a sus niveles de producción y personal empleado, el ingenio Bella Vista era en la década de 1940 uno de los principales establecimientos

fabriles de Tucumán.<sup>2</sup> La localidad circundante conformaba, asimismo, uno de los pueblos azucareros más importantes de la provincia.<sup>3</sup>

El Centro Azucarero Argentino (CAA), corporación que organizaba a los industriales, señalaba que Bella Vista fue una de las primeras fábricas que “se ocuparon de mejorar la atención de los obreros”. En términos de vivienda, la construcción de casas de material y los servicios brindados a los trabajadores permanentes (surtidores de agua corriente, piletas de lavar, resumideros y luz eléctrica) convirtieron al ingenio en un referente del paternalismo empresarial.<sup>4</sup> En términos de asistencia médica, en 1916 se fundó el hospital San Luis, con capacidad para 24 enfermos. Asimismo, se suministraba gratuitamente medicamentos para el personal del ingenio y se disponía de una enfermera y una partera para la atención de las mujeres de los obreros (Padilla 1922, 301-309). La entrega de la “gota de leche”, la instalación de una olla infantil y una cocina popular, que funcionaba durante los meses de la interzafra repartiendo raciones diarias de comida, y la implementación de un sistema de jubilaciones obreras y de pensiones para las viudas de los trabajadores fueron prácticas que alimentaron la figura del “buen patrón”.

En la esfera educacional, en 1895 se fundó la Escuela Ingenio Bella Vista destinada a los hijos de los obreros y los niños de los alrededores del establecimiento, emprendimiento al que se sumaría una escuela de manualidades para niñas (Padilla 1922, 301-309). En 1922 “la obra que coronó las acciones filantrópicas” de García Fernández fue la donación de un millón de pesos para la construcción de la Escuela de Artes y Oficios de los salesianos (Landaburu 2012).<sup>5</sup> Para los momentos de ocio, el

---

<sup>2</sup> En 1944 la capacidad de molienda de la fábrica era de 3000 toneladas diarias, una de las más altas de Tucumán (Schleh 1944, 86). En épocas de cosecha el ingenio empleaba aproximadamente 4500 obreros entre temporales y permanente, cifra que descendía a 1500 durante el cultivo. *La Nación*, 28/1/1945; Entrevista oral realizada a Rolando González por Atilio Santillan, Bella Vista, 1999.

<sup>3</sup> De acuerdo al censo nacional de 1960 su población era de 12.426 habitantes (7.827 en el casco urbano, conformada por el ingenio y la villa circundante, y 4.599 en las zonas rurales aledañas, dominadas por la presencia de medianos y pequeños agricultores, y obreros de las plantaciones de caña de azúcar). *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de Tucumán*, 1964, p. 1052. Desde el punto de vista electoral, el pueblo de Bella Vista y las zonas adyacentes conformaban en 1946 un circuito de alrededor de 3000 votantes, cifra que suponía una cuarta parte del padrón del departamento Famaillá y un 2,5% del total provincial (Lichtmajer 2013).

<sup>4</sup> *El Orden*, 16/7/1917. Referencia extraída de Landaburu (2014).

<sup>5</sup> Las gestiones realizadas para la instalación de la congregación salesiana en Tucumán reflejaban el interés de la elite provincial por radicar personal religioso especializado en el disciplinamiento y capacitación laboral de los sectores obreros. La escuela buscó formar técnicos destinados a los ingenios y prevenir los conflictos sociales derivados del desarrollo industrial. (Landaburu 2012)

ingenio disponía de un Club Social<sup>6</sup> y alentaba la práctica de deportes y juegos (fútbol, básquet, bochas, palitroque) a los que destinaba diversos espacios e instalaciones.<sup>7</sup>

En este sistema que combinaba paternalismo con coacción, las protestas y las formas de organización laboral fueron débiles e intermitentes. Son escasas las formas de resistencia abierta que pudimos detectar, destacándose la de 1917 en ocasión del cuestionamiento a la entrega de vales (canjeables en la proveeduría del ingenio) como parte del salario. Sin embargo, la protesta no llegó a cristalizarse en forma de huelga. Asimismo, el estricto control de la organización laboral se combinó con el tradicional aliento al mutualismo, cuya expresión fue el centro obrero Tulio García Fernández. Rolando González, obrero de fábrica, recordaba que cuando en los años cuarenta comenzó la sindicalización alentada por el Estado, los trabajadores asistían a las reuniones “un poco a escondidas”:

No es que le temíamos al gobierno, le temíamos a la reacción de los patrones. Porque en ese tiempo ser socialista, le digo socialista no comunista porque eso era peor, que nos olfatearan allá que teníamos esas ideas, ellos en ese tiempo le decían ideas avanzadas, era causa de despido para ellos, naturalmente cuando los despedía no le decían que era por eso, por las ideas, sino simplemente le buscaban cualquier excusa.<sup>8</sup>

Este universo privado y paternalista fue jaqueado por el golpe de Estado de 1943. El decidido apoyo a la formación de sindicatos de base y la nueva presencia tutelar del Estado resignificaron la experiencia obrera y cuestionaron “supuestos concernientes a las relaciones sociales, las formas de deferencia y los acuerdos, en gran medida tácitos, acerca de cuál era el ‘orden natural de las cosas’ y el sentido de los límites.” (James 1990, 46).

La avanzada del proceso de sindicalización fue vertiginosa. A fines de enero de 1944 el Bella Vista fundó su sindicato obrero, iniciativa que se replicó en la veintena de ingenios tucumanos. El 8 de junio de 1944 estas organizaciones de base convergieron en la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA). Al igual que en muchas otras comunidades azucareras, en Bella Vista el movimiento asociativo

---

<sup>6</sup> El Club Social era un ámbito de sociabilidad frecuentado por los obreros calificados, los empleados jerárquicos del ingenio y las familias más acomodadas del pueblo. Se realizaban obras de teatro, bailes y reuniones sociales (Valeros y Salazar 2012).

<sup>7</sup> Entre estos cabe destacar al club “Sportivo Bella Vista”, fundado en 1925, donde confluyeron las entidades deportivas previas. Su principal actividad era el fútbol, deporte de enorme popularidad en el mundo azucarero tucumano, formando parte del equipo obreros, empleados y jugadores contratados por el ingenio (Valeros y Salazar 2012).

<sup>8</sup> Entrevista oral realizada a Rolando González por Atilio Santillan, Bella Vista, 1999.

comenzó en la fábrica para luego propagarse por el agro. Una vez constituido el sindicato obrero se eligió un delegado general para las colonias -ubicadas en la periferia del pueblo, donde moraban los obreros de menor cualificación-, se procuró que cada una designara un representante y se intensificaron las acciones destinadas a sumar a ese importante contingente agrícola, el más numeroso y postergado del mundo azucarero.<sup>9</sup> La mayoritaria presencia de los trabajadores de fábrica en los principales cargos generó tensiones vinculadas a la tramitación de las demandas de los de surco; por su parte, su numerosa presencia fue un capital disputado por la dirigencia, en tanto su apoyo era decisivo en las contiendas electorales y la consolidación de liderazgos. Como veremos, ambos tópicos alimentaron la dinámica sindical del Bella Vista.

La irrupción sindical interpeló prácticas clave del entramado paternalista azucarero. El cuestionamiento a la filantropía empresarial y la promoción de formas de sociabilidad ajenas a la patronal resignificaron la experiencia obrera imprimiendo nuevos sentidos a las comunidades laborales. En este contexto de preocupaciones, la olla popular que García Fernández promocionaba como expresión de la asistencia social brindada en su ingenio fue cuestionada por el presidente del sindicato, quien se preguntaba por qué el patrón “tiene que decir que da de comer a los hijos de sus obreros [...] nosotros necesitamos trabajo y no olla popular.”<sup>10</sup> En una rama industrial cuya mano de obra era mayoritariamente masculina, esta interpelación ponía en locución la ideología del varón proveedor. La olla popular era la expresión de una necesidad familiar insatisfecha, el incumplimiento de una obligación paternal subsanada por la filantropía patronal. Ésta, y otras prácticas (vales de alimento, gota de leche, cocina infantil) reforzaban el supuesto de que la supervivencia “dependía más de la buena voluntad del patrón que de la obligación contractual.” (Tinsman 2009, 53). Por tanto, su cuestionamiento apelaba a revertir el paternalismo empresarial y, con base en el trabajo, relegitimar al obrero como sostén familiar.

La asistencia médica, otra de las expresiones del paternalismo azucarero, también fue cuestionada. Las denuncias se orientaron a la deficiencia del servicio de salud, en tanto el ingenio sólo disponía de un médico que no salía “a domicilio”, motivo que llevó a denunciar al Dr. Juan A. Serra y solicitar su destitución por no querer “ir a

---

<sup>9</sup> Rafael Desantis, obrero del ingenio Mercedes, señaló que la base de sustentación de la dirigencia sindical “era toda una masa que empujaba para el mismo lado, muy en especial los obreros de surco, que ese era el más explotado. Entonces ese ha sido el más unido.” Entrevista oral realizada a Rafael Desantis por Fernando Siviero, Tucumán, 3 de noviembre de 1988 (Gutiérrez y Rubinstein 2012, 354).

<sup>10</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p. 53.

atender” a la madre de un obrero.<sup>11</sup> Las desavenencias con Serra fueron una constante, en 1948 los obreros reiteraron su pedido de traslado o cesantía por “la falta absoluta de atención para con los pacientes” y denunciaron la carencia de comodidades y elementos imprescindibles para la atención médica.<sup>12</sup> Simultáneamente, el sindicato apoyó la ley 2.018 (enero de 1947), que establecía la asistencia médica gratuita y obligatoria en los ingenios a cargo de los industriales.<sup>13</sup> Esta avanzada estatal fue secundada por la dirigencia del Bella Vista, que lideró una intensa campaña de difusión y cumplimiento de ley entre los sindicatos de base.<sup>14</sup> Este posicionamiento abrevaba en el supuesto de la responsabilidad empresarial en torno al cuidado de la salud obrera, obligación inescindible del carácter “distributivo” que debía asumir el proteccionismo azucarero. Las reivindicaciones de la dirigencia bellavistense se apropiaron de esa histórica demanda, a la que dotaron de nuevos sentidos que asociaban el cuidado de la salud como un derecho. De esta forma, los sindicatos de base apelaron a nociones de lo justo que horadaron la noción de dádiva empresarial en favor de una nueva concepción de la salud. Sin embargo, la ley nuevamente naufragó. En un contexto signado por el reposicionamiento estatal, la delegación de la salud obrera en la esfera industrial resultaba un contrasentido y así lo manifestó el propio Estado nacional cuando la polémica escindió a la opinión pública tucumana (Schleh 1947, 193).

En este contexto de preocupaciones, el poder disruptivo habilitado por el golpe de 1943 y continuado por el peronismo impulsó al sindicalismo a cuestionar diversas expresiones del paternalismo. Los obreros discutieron el descuento salarial aplicado por la patronal para el sostenimiento y uso del “Club de Pelota” (fútbol) e informaron que los obreros podían renunciar “como socios de esa institución”. Al unísono, ciertos espacios de sociabilidad históricamente impulsados por los industriales intentaron preservarse escindiéndose del control empresarial. El mutualismo -como forma de promocionar la conciliación de clases y evitar la difusión del socialismo y el comunismo- fue recuperado y convivió con la novel formación sindical. A principios de 1944, el sindicato avaló la constitución de una “caja mutual de ayuda recíproca”,

---

<sup>11</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p.28 y p.64.

<sup>12</sup> *Trópico*, 24/1/1948.

<sup>13</sup> La ley hacía recaer en los industriales la totalidad de los costos de la construcción, funcionamiento y pago de salarios vinculados a la asistencia médica en los ingenios. El primer aspecto que atendía era la contratación de un médico jefe y un médico sub-jefe *full time*, quienes residirían en el pueblo azucarero y serían acompañados por un número variable de auxiliares (odontólogos y laboratoristas, parteras, enfermeros, visitadora de higiene, visitadora de ojos y farmacéutico). El servicio hospitalario debía incluir consultorios, sala de curaciones, laboratorios de rayos X, farmacia, servicio de cirugía, de odontología y de obstetricia para la atención de los enfermos.

<sup>14</sup> Entrevista oral realizada a Rolando González por Atilio Santillan, Bella Vista, 1999.



expresión de la confluencia de tradiciones y nuevas formas organizativas.<sup>15</sup> En este mismo sentido se inscribe la recuperación del símbolo mutual (dos manos estrechándose) como emblema del sello sindical bellavisteño y el impulso de ciertas prácticas asociadas al ideario de la ayuda mutua, como la formación de una biblioteca y una banda de música. La coexistencia de estas formas asociativas revela la compleja trama azucarera de los cuarenta: la gravitación de las experiencias previas y las oscilantes respuestas obreras inscritas entre el cuestionamiento y la resignificación.

En este juego de confrontaciones y apropiaciones, una de las construcciones sociales más desafiantes fue la consolidación del poder obrero. Los trabajadores azucareros interpelaron la casi omnipresente autoridad de los industriales e impulsaron una transferencia de poder que avanzó sobre cuestiones vinculadas al control de los procesos productivos y la administración y organización de la fuerza laboral, atribuciones que, hasta ese momento, eran excluyentes de la patronal. En este contexto de preocupaciones, la huelga declarada por el sindicato bellavisteño en julio de 1945 permite reflexionar sobre cómo la coyuntura de oportunidades habilitada por la “revolución de junio” promovió la transferencia de poder en los ingenios y su avance interpeló no sólo a los industriales sino al propio Estado y a la dirigencia fotiana. La escala micro permite advertir qué contornos asumió la resignificación de los límites de lo posible en el ingenio, la manera en que las experiencias previas gravitaron en la tramitación de las demandas, situación que expresó el sinuoso derrotero sindical escindido entre la protesta y la negociación.

Amparado en la estructura descentralizada de la FOTIA<sup>16</sup>, el 17 de julio de 1945 el sindicato de Bella Vista declaró la huelga para reclamar el cumplimiento de la legislación laboral vigente -clasificaciones obreras, pago de vacaciones, horas extras y feriados-; la cesantía del médico del ingenio y de obreros no sindicalizados y la reincorporación de un grupo de costureras recientemente despedidas. Las demandas apelaban al cumplimiento de emergentes derechos laborales pero también avanzaban sobre tradicionales prerrogativas patronales, como el despido o reincorporación del personal del ingenio y la clasificación de los obreros. Este último aspecto se tornó particularmente complejo con la implementación del escalafón (enero de 1945), que reconoció 112 categorías ocupacionales (62 de fábrica y 50 de surco). El desglose de

<sup>15</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p. 17.

<sup>16</sup> Los sindicatos de base disponían de libertad para decidir las sanciones disciplinarias a sus socios, el manejo de la caja social, la elección del delegado al Consejo Federal y la reforma de sus estatutos. Tenían autonomía para declarar la huelga gremial, es decir, la huelga por ingenio, mientras que los paros generales eran una prerrogativa del Consejo Federal.

clasificaciones se convirtió en recurso clave para disminuir la facultad de los industriales en términos de contratación, despido o ascenso del personal.<sup>17</sup> Los sindicatos de base desataron una intensa puja sectorial con el propósito de reubicar a los obreros (lograr ascensos, mejores salarios, acceso a determinados derechos) y avanzar en el reconocimiento de nuevos oficios y tareas agrícolas que ampliaran la demanda de mano de obra.<sup>18</sup>

La medida de fuerza se declaró a sólo un mes de la conformación de la comisión paritaria de reclamos y conciliación, constituida por iniciativa del Interventor Federal y la dirigencia fotiana para encauzar “orgánica y formalmente” las reivindicaciones azucareras.<sup>19</sup> De esta forma, la avanzada sindical cuestionaba la autoridad empresarial en los ingenios pero también interpelaba al Estado y a la Federación, obligándolos a contener los desbordes de la ofensiva obrera y a fijar las fronteras y modalidades de las reivindicaciones.

La huelga evidenció la construcción del poder obrero al compás del quiebre de las formas de deferencia al interior de las fábricas pero también interpeló las instancias de conciliación y negociación sectorial y confrontó a la dirigencia sindical y laboral con los límites de lo “razonable”. El abandono de las tareas por parte de los obreros bellavisteños (17 de julio) fue interpretado por las autoridades de la DRSTyP como “una acto de sabotaje a la fábrica, ya que esta corría el peligro de que explotaran las calderas, lo que fue evitado por la intervención oportuna de otras personas que acudieron a impedir un posible daño.”<sup>20</sup> En consonancia, las autoridades declararon la ilegalidad del paro, decidieron la intervención y clausura del sindicato e inhabilitaron a los miembros de la comisión directiva para actuar en directivas sindicales por cinco años. Por su parte, los obreros continuaron con la medida de fuerza y desafiaron la

---

<sup>17</sup> Por ejemplo, en enero de 1945 el sindicato del Bella Vista dio a conocer las clasificaciones acordadas con la administración del ingenio y la negativa de la patronal “de reconocer en sus oficios a los compañeros Simeón Olmos, como sopletero eléctrico, Miranda como ayudante del antes citado, José Barrionuevo como sopletero autógeno y los que hacen el trabajo de talabartería”. *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p. 37.

<sup>18</sup> El escalafón otorgaba una “pauta predecible de ascenso” que cercenaba la libertad de los industriales frente a una eventual vacante, en tanto los obligaba a privilegiar el ascenso del trabajador que ocupaba la categoría inmediatamente inferior. Por otro lado, el obrero que era asignado en una categoría superior, para cubrir una vacante, tenía derecho a percibir el salario de esa calificación y debía ser reasignado en un plazo no mayor de dos meses; si la transferencia era a un nivel inferior el salario no podía disminuirse (Doyon 2006, 287).

<sup>19</sup> La comisión estaría formada por dos representantes del gobierno (el Ministro de Hacienda y el Delegado Regional de la STyP), tres industriales y tres obreros. En caso de que las partes no llegasen a un acuerdo, el interventor se instituía como “juez inapelable”. *La Industria Azucarera*, n° 619 mayo de 1945, p. 332.

<sup>20</sup> *La Gaceta*, 18/7/1945.

decisión oficial al subrayar la “arbitrariedad y provocación de la decisión” de las autoridades.<sup>21</sup>

Finalmente, el día 20, previo acuerdo entre el administrador del ingenio, las autoridades de la CGT, la FOTIA y la DRSTyP, la vuelta al trabajo habilitó un canal de diálogo para el inicio de las negociaciones sectoriales. El 23 de julio la Delegación convocó a una asamblea para elegir las autoridades del sindicato. Los socios reeligieron de forma unánime a la comisión directiva que había declarado la huelga. De ese modo, las elecciones pusieron en tensión el mundo laboral azucarero. La legitimación y respaldo a la dirigencia castigada por las autoridades confrontaba la sanción disciplinar de la agencia estatal y anunciaba una práctica que se tornaría en común denominador: el desborde de las bases y la articulación de conflictos que escapaban a las instancias de arbitraje y negociación promovidas por la DRSTyP y la dirigencia fotiana.<sup>22</sup> Finalmente, la intermediación de la CGT y la FOTIA logró el levantamiento de la inhabilitación, resolución que posibilitó la normalización del sindicato y el reconocimiento de sus autoridades.

A mediados de agosto, la administración y el sindicato firmaron un convenio que recuperó las reivindicaciones sustanciales de los huelguistas. Entre los puntos más destacados se reconocía el pago de feriados y vacaciones para los obreros de las colonias; fijación de jornales a trabajadores de baja calificación (potrerizos y estibadores); pago de horas y extras y feriados al personal de fábrica; reincorporación de las costureras de bolsas de azúcar; mejoras en la vivienda obrera; “se tomó nota” del pedido de dar preferencia a los trabajadores sindicalizados en caso de nuevas contrataciones; se establecieron múltiples clasificaciones obreras y su correlato salarial; y se alcanzó el compromiso de que los obreros especializados rindan examen práctico de competencias a tres meses de firmado el convenio.<sup>23</sup>

En síntesis, la huelga descubrió los vértices e implicancias del avance sindical en el ingenio Bella Vista. La presencia tutelar del Estado alentó la sindicalización y el avance de emergentes derechos cuestionando la tradicional estructura cerrada y paternalista de la comunidad, movimiento que, si bien se inició “desde arriba”, fue capitalizado y resignificado por la comunidad bellavisteña. Valiéndose de la inédita “coyuntura de oportunidades” el sindicato cuestionó prácticas paternalistas, resignificó y se apropió de otras, procurándolas escindir del control empresarial, y promovió una

<sup>21</sup> *La Gaceta*, 19/7/ 1945.

<sup>22</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, pp. 57-58.

<sup>23</sup> *La Gaceta*, 16/8/1945.

transferencia de poder que interpeló no sólo a los industriales, sino al propio Estado y a la dirigencia de la Federación azucarera. El quiebre de los códigos de deferencia y la forma en que se modificó el “sentido de los límites” alterando aquello que los trabajadores podían expresar, cuestionar y demandar públicamente redimensionó sensiblemente la dinámica bellavisteña y confrontó al propio Estado escindido entre su fuerza herética y su condición de poder estatal (James 1990, 46).

## **2-La reconfiguración del campo político local**

El campo político bellavisteño no fue ajeno a las consecuencias del proceso de transformaciones iniciado con el golpe de 1943 y acentuado con la irrupción del peronismo. Como ha sido señalado, el sistema de jerarquías característico del mundo azucarero tucumano permeó en la dinámica política de la comunidad bellavisteña. El hecho de ocupar la cúspide del entramado social y de controlar posiciones estratégicas dentro de la estructura productiva azucarera puso a disposición del propietario del establecimiento y de sus colaboradores más estrechos valiosos recursos políticos. Estos personajes centrales de los pueblos azucareros buscaron traducir su preeminencia social en hegemonía política, meta que consiguieron con creces hasta la irrupción del movimiento liderado por Perón. Manuel Ramón García Fernández, propietario del ingenio, ocupó las primeras líneas de la UCR tucumana desde su entrada a la legislatura como diputado por Famaillá (1921) hasta el golpe de 1943.<sup>24</sup> Lejos de representar un hecho aislado<sup>25</sup>, su militancia en las filas radicales recreó una tradición de defensa de los intereses corporativos a través de la ocupación de puestos clave en la escena provincial y provincial (Guy 2008). De ese modo buscó tejer alianzas al interior de los partidos mayoritarios, influir en la administración provincial y alcanzar cuotas de representación en la legislatura y el Congreso de la Nación, vitales para la defensa de sus intereses corporativos en una actividad económica pautada por la regulación estatal. Forjada durante el orden conservador, esta tradición sobrevivió a los cambios desarrollados como fruto de la transición a la política de masas y la expansión del radicalismo, perviviendo hasta la irrupción del peronismo.

---

<sup>24</sup> García Fernández inició su carrera política en 1920 en las filas radicales antiyrigoyenistas. Luego de representar al departamento Famaillá en la legislatura durante las presidencias de Alvear e Yrigoyen, el recambio dirigenial que sucedió al golpe de Estado de 1930 lo catapultó a las primeras líneas partidarias. Fue el presidente de la UCR de Tucumán entre 1937 y 1943 y ocupó cargos legislativos de relevancia a nivel provincial y nacional (destacándose su ejercicio del cargo de senador nacional entre 1936 y 1943).

<sup>25</sup> En 1940, 7 de los 9 asientos tucumanos en el Congreso estuvieron en manos de propietarios o miembros de directorio de los ingenios.

En consonancia con la distribución de tareas inherentes a la estructura productiva azucarera, el principal operador político y “mano derecha” de García Fernández fue el administrador del ingenio, Arturo Álvarez. Oriundo de la provincia de San Juan, Álvarez se radicó en Bella Vista en 1916 para hacerse cargo de la Dirección del flamante hospital San Luis. Dirigió el establecimiento desde su creación hasta 1930, cuando pasó a ocupar el cargo de administrador general del ingenio. Coetáneo de Manuel R. García Fernández, inició, al igual que este, su trayectoria política a comienzos de los años veinte. Luego de una breve militancia en las filas del conservadurismo inició su carrera en la UCR, donde controló diversos cargos partidarios (presidente del comité del departamento Famaillá, presidente de la Convención Provincial, integrante de la Junta de Gobierno) y accedió a una banca de senador provincial entre 1934 y 1943, alcanzando la presidencia de la cámara desde 1936 en adelante (cargo que lo llevó a ocupar interinamente la gobernación en varias oportunidades).

En tanto director del hospital, Álvarez desempeñaba un rol preeminente en la sociedad bellavistena y, como señalamos, encarnaba uno de los símbolos más acabados del paternalismo de la patronal azucarera. No sólo se encargaba de velar por el bienestar de los obreros y empleados del pueblo sino que también tenía la potestad de definir las licencias, pensiones y otros beneficios proporcionados por el establecimiento (Campi 2003). Tras ocupar este lugar central en la comunidad bellavistena por casi dos décadas, Álvarez asumió como administrador general del establecimiento, tarea que reforzó su preeminencia a nivel local. De acuerdo a las múltiples responsabilidades que les concernían, los administradores eran la principal “cara visible” del ingenio frente a los trabajadores y los vecinos. En tanto autoridad máxima del proceso laboral, las prerrogativas del administrador influían directamente en la vida cotidiana y las condiciones de subsistencia de los bellavistenos. Por otro lado, en su carácter de administrador Álvarez tenía un rol clave en los ámbitos de sociabilidad obrera organizados desde la patronal con el fin de controlar el ocio y disciplinar a los sectores populares locales. Nos referimos, por ejemplo, a su carácter de presidente del club de fútbol “Sportivo Bella Vista” y directivo del Club Social, ámbitos centrales de la sociabilidad local.

Asentado sobre esta posición estratégica, el administrador lideró las principales redes de interacción política de Bella Vista y las zonas adyacentes hasta la llegada del peronismo. Entre 1934 y 1943 pueden identificarse numerosos empleados y personal

jerárquico del ingenio entre los legisladores, candidatos a cargos electivos y miembros de las juntas departamentales de la Unión Cívica Radical.<sup>26</sup> En ese sentido, dado su carácter de engranaje central de la vida económica local el ingenio contaba con cuantiosos recursos materiales, utilizados por Álvarez y García Fernández para aceitar la maquinaria política local y tejer relaciones clientelares. Recordemos al respecto que el establecimiento no sólo se dedicaba al cultivo e industrialización del azúcar; también contaba con una destilería de alcohol, fábricas de vinagre, bolsas, cartón y cigarrillos y un molino arrocero, en los que empleaba a vecinos de Bella Vista.<sup>27</sup> La diversidad de recursos puestos en juego con el fin de alimentar las redes de interacción política abarcaba desde aportes monetarios directos hasta promesas de empleo y ofertas para proveer a sus establecimientos de materia prima durante la cosecha.<sup>28</sup> Durante las campañas electorales de los años treinta y comienzos de los cuarenta, el administrador y el propietario del ingenio solventaron comités políticos en el circuito electoral que abarcaba a Bella Vista y las colonias. Asimismo, fue habitual que estos patrocinaran actividades proselitistas en las que simpatizantes, afiliados y dirigentes provenientes de escalas sociales diversas se vincularon a partir de actividades recreativas (funciones de circo, carreras de ciclistas, campeonatos de fútbol, “asados criollos”, etc.). A lo largo de las campañas recorrían el circuito visitando “casa por casa” a los dirigentes radicales, volcando a su favor a los comités adictos a las fracciones rivales de la UCR y participando como oradores principales en los mítines partidarios, mientras que el día de la elección organizaban el traslado de votantes a las mesas (Lichtmajer 2013). Los resultados electorales del circuito Bella Vista reafirmaron la centralidad de las redes de interacción política controladas desde el ingenio (los porcentajes favorables al radicalismo en las elecciones desarrolladas entre 1934 y 1943 oscilaron entre el 63% y el 82%).

El golpe de Estado, el proceso de organización sindical y la emergencia del peronismo reconfiguraron el campo político local. El clima de ideas refractario al ciclo cerrado en 1943, el faccionalismo y el éxodo de dirigentes abonaron a un repliegue del

---

<sup>26</sup> Oscar Silva Robin (empleado jerárquico del ingenio, candidato a legislador por Famaillá en 1934), Manuel Heredia (arrendatario del ingenio, diputado provincial por Famaillá entre 1935 y 1942), Juan Carlos Romano (médico del ingenio, senador por Famaillá entre 1934 y 1936), Juan Carlos Guyot (gerente de la empresa de cigarrillos del ingenio y diputado provincial entre 1935 y 1943), Francisco López García (procurador del ingenio, diputado provincial entre 1935 y 1941).

<sup>27</sup> *La Gaceta*, 3/8/1941; *La Nación*, 28/1/1945.

<sup>28</sup> A modo de ejemplo puede mencionarse el reclamo que elevó un dirigente radical a García Fernández para que le reembolsara el dinero que gastó para movilizar votantes en la elección legislativa de 1937. AGN, Archivo Justo, caja N° 62, doc. 169, f. 889, Carta de Antonio González a Alberto, s/f. Agradezco este documento a Graciana Parra.

radicalismo en el territorio tucumano. Esta tendencia se observó con particular crudeza en los distritos azucareros. En Bella Vista, el correlato de este proceso fue la consolidación de referentes políticos ajenos al mundo patronal, que capitalizaron la coyuntura de oportunidades abierta por el proceso de organización sindical y la metamorfosis de la burocracia estatal acaecida a partir de 1943.

Los primeros balbuceos del peronismo en Bella Vista nos revelan un movimiento de contornos imprecisos, que fue construyendo sobre la marcha sus fronteras, jerarquías y tradiciones. Durante este período embrionario ya pueden identificarse, sin embargo, algunas líneas maestras del conflicto que tiñó el derrotero del movimiento hasta finales de la década. Sus protagonistas, Fernando Riera y Felipe B. Sosa, reflejaron fielmente el empoderamiento de dos actores favorecidos por el nuevo tablero de poder local.

Riera nació en 1915 en el seno de una familia de comerciantes acomodados provenientes de Cataluña. Radicados en Bella Vista a poco de fundarse el ingenio, los Riera inauguraron el primer local de comida y hospedaje del pueblo, centro de reuniones sociales y lugar de paso obligado de los visitantes (algunos de ellos ilustres, como el presidente Hipólito Yrigoyen). Se insertaron rápidamente en una sociedad local febrilmente transformada al calor del boom azucarero, alcanzando un lugar preeminente entre las familias de clase media que, aunque eran ajenas al organigrama del ingenio, se favorecieron sensiblemente con la demanda de productos y servicios que acompañó su desarrollo. Miembro de la tercera generación de inmigrantes, la trayectoria de Fernando Riera antes de desembarcar en las filas peronistas siguió el derrotero típico de la clase dirigente provincial de la época. Luego de cursar los estudios primarios en Bella Vista se incorporó al Colegio Nacional Bartolomé Mitre, ámbito clave de formación de la dirigencia tucumana, para cursar posteriormente la carrera de Abogacía en la Universidad Nacional de Tucumán. Las oportunidades abiertas por el golpe de Estado inclinaron a Riera a abandonar los estudios y volcarse de lleno a una incipiente carrera política, que por entonces combinaba la actuación en el Centro de Estudiantes de Derecho y en el ámbito vecinal de Bella Vista. En 1943, el Interventor Federal Alberto Baldrich, con quién compartía la rígida moral católica y el ideario nacionalista y anticomunista, lo designó juez de paz de Bella Vista, cargo que abandonó a fines de 1944 para desempeñarse como Comisionado de Higiene y Fomento (representante del Poder Ejecutivo provincial en la localidad). Al igual que cientos de funcionarios estatales a lo largo del país, Riera adhirió tempranamente a la candidatura presidencial

de Perón. Para promocionar su candidatura a diputado provincial por el departamento Famaillá fundó un Centro Laborista junto a un grupo de jóvenes bellavisteños con los que compartía un mismo rango etario, redes de parentesco y ámbitos de sociabilidad comunes.<sup>29</sup>

Al igual que Riera, Sosa era un fiel exponente de los tiempos políticos inaugurados por el golpe de 1943. Encarnaba, en ese sentido, el vertiginoso ascenso de una dirigencia sindical moldeada al calor del proceso de organización obrera impulsado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Obrero calificado del ingenio (guardia mecánico), diferentes testimonios le atribuyen una pertenencia previa al radicalismo. No se trata de datos menores, aunque tampoco excepcionales, ya que una alta proporción de los bellavisteños (53%) eran afiliados radicales a mediados de la década de 1930 y que, como ha sido señalado, el grueso de los dirigentes sindicales azucareros que se iniciaron con el peronismo ocupaban los estratos más altos de la pirámide laboral.<sup>30</sup> Este último hecho no debe hacernos perder de vista un rasgo vertebral de su derrotero: el gran predicamento alcanzado por Sosa entre los trabajadores del surco, que constituyeron su principal base de sustento en la trayectoria al frente del sindicato de Bella Vista. Miembro de la entidad desde su creación, Sosa ocupó su primer cargo directivo en mayo de 1945.

Por entonces atravesaban al sindicato fuertes disputas intestinas entre la primera Comisión Directiva, presidida por José Leguizamón (obrero calificado), y la fracción en la que militaba Sosa. Tras liderar una campaña de denuncias por malversación de fondos, los opositores consiguieron que la FOTIA interviniera la entidad y llamara a elecciones. En los comicios fue electo presidente el obrero calificado Luis Navarro (electricista), actuando Sosa como secretario.<sup>31</sup> El activo rol jugado por el segundo en la campaña contra las autoridades salientes y sus encendidas intervenciones en las asambleas del sindicato hablaban de un creciente protagonismo entre los trabajadores

---

<sup>29</sup> Dos aliados clave en la primera etapa de su carrera política fueron Ramón Bustos y Amado Juri. Nacido en 1918, Bustos fue compañero de Riera en la Facultad de Derecho. Secundó a este en el cargo de Comisionado de Higiene y Fomento de Bella Vista durante el gobierno militar. Luego del triunfo peronista se desempeñó como abogado de la Dirección Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión, para ejercer luego como Ministro de Gobierno, Justicia e Instrucción Pública de Tucumán (en reemplazo de Riera). Ocupó ese cargo entre 1950 y 1951. Por entonces se desempeñaba, asimismo, como dirigente del club Sportivo Bella Vista. Amado Juri (1916) fue empleado de comercio y dirigente del Sindicato de Obreros y Empleados de Comercio. Cuñado de Riera, se desempeñó como Jefe de la Policía de Tucumán durante la gobernación de este (1950-1952). Con el paso de los años se convirtió en un personaje central del peronismo tucumano, alcanzando la gobernación en 1973. (Gómez 1953; Valeros y Salazar 2012).

<sup>30</sup> Los datos de la afiliación al radicalismo corresponden a las elecciones internas de mayo de 1934. *La Gaceta*, 12/5/1934.

<sup>31</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p. 48.



bellavisteños.<sup>32</sup> Luego de las elecciones este protagonismo creció exponencialmente, en consonancia con el fortalecimiento del sindicato entre mediados de 1945 y comienzos de 1946. Diferentes procesos confluyeron para que el sindicato se robusteciera en ese lapso de tiempo. En primera instancia, la obtención de resonantes conquistas laborales y la cada vez mayor intervención en los conflictos entre los trabajadores y la patronal. Si bien ambos procesos distaban de ser una novedad, ya que se observaban desde la creación de la entidad a comienzos de 1944, su amplificación durante el período mencionado resulta insoslayable. También contribuyó al robustecimiento del sindicato la toma de partido en el enfrentamiento entre Perón y los sectores patronales, que tuvo entre los trabajadores de Bella Vista, en particular, y entre los obreros azucareros tucumanos, en general (Rubinstein 2006), un ejemplo de temprana lealtad al vicepresidente.<sup>33</sup> Finalmente, la consolidación del sindicato fue apuntalada por la política de expansión territorial y ampliación de sus bases de sustento, que la llevó a afianzar su presencia en las abigarradas colonias de obreros del surco. El corolario de la expansión territorial del sindicato fue un marcado incremento de la afiliación. Mientras que en la elección de autoridades de mayo de 1945 tomaron parte 313 socios, en la que se llevó a cabo dos meses más tarde participaron 1.691, merced a una febril incorporación de obreros de surco.<sup>34</sup>

Así planteadas las cosas, el intento de los referentes sindicales por liderar el proceso de organización del laborismo en Bella Vista era un hecho a todas luces previsible. Se trataba, por cierto, de una actitud que los dirigentes gremiales bellavisteños compartían con sus pares de los ingenios azucareros tucumanos, a la que Rubinstein definió acertadamente como la “búsqueda del exclusivismo gremial y político” (Rubinstein 2006). Como es sabido, el cruce del campo gremial al político-partidario estuvo lejos de ser una tarea sencilla: los obligaba a posicionarse en el complejo mapa de fracciones y grupos que pugnaban en el seno del movimiento que impulsó la candidatura presidencial de Perón. En la provincia aquí analizada, las filas laboristas se quebraron en enero de 1946 con la proclamación de dos candidaturas para gobernador. Por un lado, la de Enrique Thiele (Partido Laborista de Tucumán), abogado

---

<sup>32</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p. 48. Décadas más tarde, Rolando González, miembro fundador del sindicato, recordaba el impacto que le provocó el “empuje” y la “capacidad” de Sosa, cualidades que le permitieron liderar el sindicato al poco tiempo de comenzar su carrera en el mismo. Entrevista oral realizada a Rolando González por Atilio Santillan, Bella Vista, 1999.

<sup>33</sup> En una reunión del 23 de septiembre de 1945, la entidad expresó la “solidaridad con Perón” en nombre de los “3000 afiliados” de Bella Vista. *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p. 63.

<sup>34</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, p. 56.

a cargo de la Dirección General de Rentas de la Provincia; y, por el otro, la de Carlos Domínguez (Partido Laborista), militar retirado oriundo de Buenos Aires y ex Secretario General de la Intervención Federal (1943). Hombre de confianza del segundo, con quién había compartido el *staff* de la Intervención Federal, Riera apoyó la candidatura de Domínguez a la primera magistratura provincial. Reacios a ponerse bajo la tutela de Riera y del grupo de jóvenes -ajenos al mundo gremial- que lo secundaban, los líderes del Sindicato de Obreros del ingenio apostaron por Thiele. De ese modo replicaron los cuestionamientos esgrimidos por un sector de FOTIA, que rechazó la candidatura de Domínguez por considerarlo ajeno a los problemas de la agroindustria, en virtud de su procedencia “porteña”. Sosa formó un centro político junto al vicepresidente y el prosecretario del sindicato (Andrés Paliza y Antonio Salas), desde donde apoyaron su precandidatura a diputado provincial y elector de gobernador.<sup>35</sup> Los ecos de la disputa al interior del laborismo bellavisteano signaron el derrotero de la entidad. Un grupo de trabajadores aliado con Riera lideró una campaña de denuncias contra la Comisión Directiva, *modus operandi* característico de los disidentes, e incitó a la desobediencia a los obreros de las colonias. Las autoridades reaccionaron enérgicamente: expulsaron del sindicato a los responsables, tras acusarlos de “atentar contra los intereses de los afiliados”, y consiguieron que la administración del ingenio los suspendiera en sus funciones por dos semanas.<sup>36</sup>

Mientras que la pulseada al interior del sindicato se volcó hacia Sosa, la que definió la conducción local del laborismo se dirimió a favor de Riera. En este desenlace tuvo un peso sustancial la intervención de Perón, quién manifestó públicamente su apoyo a la candidatura de Domínguez (mediados de febrero). La palabra del líder partidario persuadió a los dirigentes gremiales bellavisteanos a resignar sus aspiraciones y a abandonar la lista de Thiele con el fin de fortalecer a la nómina oficial del laborismo. A pesar de estos gestos de acercamiento, las represalias por la estrategia inicial no se hicieron esperar. En las listas departamentales del Partido Laborista no se incluyó a representantes del ingenio Bella Vista, priorizándose a delegados de establecimientos de menor porte como Mercedes y Nueva Baviera.<sup>37</sup> Aunque se trataba de un desenlace previsible, a la luz del derrotero seguido por las autoridades gremiales, esta decisión no pasó desapercibida para los trabajadores bellavisteanos, que se resistieron a resignar el liderazgo político en manos de un dirigente ajeno al movimiento obrero como Riera. Así

---

<sup>35</sup> *La Gaceta*, 3/2/1946.

<sup>36</sup> *Libro de Actas del Sindicato de Obreros del Ingenio Bella Vista*, pp. 82-85. *La Gaceta*, 2/2/1946.

<sup>37</sup> *La Gaceta*, 24/2/1946.

lo expresaron en el acto de proclamación de los candidatos laboristas en Bella Vista, del que tomó parte la plana mayor de la filial tucumana del partido. Mientras profería un discurso el obrero Rolando González, principal referente de los sectores “rieristas” del sindicato, un numeroso grupo de trabajadores coreó el nombre de Sosa y reclamó por su inclusión en las listas legislativas. A pesar de las exigencias de los líderes partidarios (tales como Domínguez y el candidato a diputado nacional José Sarraute) de que abandonaran esta actitud -que incluyeron un juramento de que no se “agraviaría a la cultura, a la bandera nacional y al coronel Perón”- y una invitación a Sosa a ocupar el palco, la concurrencia siguió en su tesitura y el acto debió suspenderse.<sup>38</sup>

Puestos crudamente en escena durante la campaña electoral que llevó a Perón a la presidencia, los conflictos entre las autoridades del sindicato y los referentes locales del laborismo no cesaron con su triunfo en las urnas, caracterizando el derrotero de Bella Vista hasta finales de 1947. En febrero de ese año los dirigentes gremiales aliados con Riera consiguieron, mediante una campaña de paros sorpresivos, denuncias y acusaciones a la Comisión Directiva, que la FOTIA interviniera el sindicato y llamara a elecciones. Aunque la lista presidida por Sosa venció, una vez más, en los comicios, este desenlace no aminoró los conflictos internos. Envalentonados por el ajustado triunfo de Sosa (se impuso por sólo 38 votos) y por el crecimiento exponencial de Riera al interior del peronismo provincial<sup>39</sup>, los disidentes no cejaron en su esfuerzo por desplazar al díscolo secretario general del gremio.

Ante la imposibilidad de vencer a Sosa en las urnas, los opositores impulsaron la creación de un sindicato paralelo, organizaron manifestaciones públicas en repudio a las autoridades y profundizaron las medidas de fuerza (paralizaron el ingenio en varias oportunidades y cortaron el suministro de agua y luz en el pueblo).<sup>40</sup> La posición estratégica que ocupaban en la estructura productiva, al contar en sus filas con numerosos obreros de fábrica de alta calificación, dio a sus protestas una contundencia que socavó la posición de la Comisión Directiva. Acorralado, Sosa denunció una conspiración de Riera y llamó a los obreros del surco a resistir contra los trabajadores calificados, buscando explotar las diferencias al interior de la pirámide laboral

---

<sup>38</sup> *La Gaceta*, 18/2/1946.

<sup>39</sup> A partir de 1946 Riera desarrolló una carrera trascendental en el peronismo tucumano. Fue diputado provincial (1946-1948), convencional constituyente (1949), Ministro de Gobierno, Justicia e Instrucción Pública (1948-1950), gobernador (1950-1952) y senador nacional (1952-1955). En 1962 fue electo gobernador, cargo que no asumió por la anulación de los comicios, y diputado nacional (1965- 1966). Fue el primer gobernador de Tucumán luego del retorno a la democracia (1983-1987).

<sup>40</sup> *Trópico*, 10/4/1947; *Trópico* 19/4/1947.

azucarera.<sup>41</sup> Estas medidas no lograron frenar el avance de los disidentes, obligando a Sosa a renunciar a la presidencia del sindicato en agosto de 1947.<sup>42</sup> En las elecciones de autoridades del Partido Peronista, realizadas a los pocos días de su desplazamiento del gremio, Sosa buscó, una vez más, destronar a Riera, intentona que también resultó en vano.<sup>43</sup>

El recambio en la conducción del sindicato y la resolución de la lucha por el liderazgo de las filas partidarias locales bajaron la intensidad de los conflictos en el peronismo bellavisteño. Desmarcado de las disputas en el seno del partido, el sindicato priorizó las reivindicaciones sobre salarios y condiciones de trabajo. Estos signos no sólo hablaban de un tablero de poder local resuelto transitoriamente a favor de Riera y sus aliados. También expresaban los primeros esbozos del ciclo de conflictividad obrera que caracterizó a la provincia entre comienzos de 1948 y fines de 1949. En ese sentido, el debilitamiento del modelo económico distributivo instaurado en 1945 afectó al complejo agroindustrial tucumano, regido por el sistema de subsidios y compensaciones (Bravo y Gutiérrez 2014). Las dificultades inherentes a la reducción de los aportes estatales confluyeron en una sensible disminución en la producción y en el incremento de las luchas obreras, que respondieron a la creciente inflación y los despidos masivos puestos en marcha por los ingenios (Gutiérrez y Rubinstein 2012). En ese marco se exacerbaban las tensiones dentro de la FOTIA, cuya estructura descentralizada otorgaba a cada sindicato de ingenio la potestad de decretar huelgas localizadas, y los conflictos entre la administración provincial y la dirigencia de la federación.

Estas protestas tuvieron fuerte impacto en Bella Vista, escenario de importantes huelgas y, en el contexto de la radicalización de las medidas de fuerza (octubre-noviembre de 1949), de enfrentamientos violentos entre los trabajadores y la policía. En ese marco, la dirigencia sindical bellavisteña se enfrentó a la disyuntiva de mantener la lealtad a Riera, quien por entonces ocupaba el cargo de Ministro de Gobierno, u obedecer al creciente malestar obrero. En medio de un clima de ebullición social, la balanza se inclinó hacia las bases.

---

<sup>41</sup> *Trópico*, 11/5/1947.

<sup>42</sup> Designaron como interventores a Rolando González y a Laurentino Guerrero. Entrevista oral realizada a Rolando González por Atilio Santillan, Bella Vista, 1999.

<sup>43</sup> Sosa se candidató por la lista “blanca”, formada por dirigentes de la FOTIA y algunas organizaciones adheridas a la CGT críticos de la conducción del Partido Peronista. Riera formó parte de la lista “roja”, liderada por el gobernador Domínguez, cuyos dirigentes provenían del funcionariado gubernamental y algunos dirigentes sindicales aliados (Mackinnon 2003). En Bella Vista los resultados favorecieron ampliamente a la lista “roja”. *Trópico*, 23/9/1947.

La entidad gremial repudió los despidos puestos en marcha por los ingenios y encabezó enérgicas protestas contra el gobierno en el marco de la gran huelga azucarera de 1949. Recordemos, en ese sentido, que en respuesta a dicha medida de fuerza la administración peronista intervino la FOTIA y los sindicatos por ingenio, incluido el de Bella Vista. No debe sorprender, en ese marco, que entre los dirigentes mencionados por Perón en el célebre discurso radial de noviembre de 1949, cuando anunció la intervención y denunció una supuesta “infiltración comunista” en la FOTIA, se contaran varios referentes del gremialismo bellavisteño, incluido Felipe B. Sosa, que fueron apresados.<sup>44</sup> Esto revela que la drástica determinación adoptada por el gobierno frente a la huelga de 1949 buscaba no sólo descabezar a la conducción gremial vigente sino también barrer con los focos de conflictividad pretéritos. Pretendió clausurar, de ese modo, el sinuoso derrotero que los sindicatos de base habían seguido desde su creación. En efecto, la intervención a la entidad bellavisteña desmembró a los sectores que se habían disputado la conducción desde sus orígenes hasta 1947. Abrió paso a referentes ajenos a la gimnasia sindical adquirida durante los años formativos de la entidad, que arrojaron al ostracismo a la dirigencia histórica.

### **3-Conclusión**

Reducir la escala de observación para preguntarnos por las particularidades de la sindicalización bellavisteña, y su gravitación en la esfera laboral y política, constituye una opción metodológica para recuperar el juego de posibilidades, estrategias y nuevos límites inaugurado por el golpe de Estado de 1943. El ejercicio microhistórico devuelve la complejidad de una coyuntura modelada por la mixtura entre tradición, contingencia y ruptura, trama en la que los obreros inscribieron sus acciones, incertidumbres y estrategias.

El ingenio Bella Vista, modelo del paternalismo industrial azucarero, fue conmovido por el rol tutelar del Estado en la agroindustria. Este reposicionamiento alentó un vertiginoso proceso de sindicalización y supuso la avanzada de un cuerpo legal que resquebrajó la concepción privada de las relaciones entre el capital y el trabajo. En el cruce de la impronta estatal y las apropiaciones y resignificaciones “desde abajo”, la experiencia de la clase trabajadora fue sensiblemente modificada. Una de las

---

<sup>44</sup> Los dirigentes del ingenio Bella Vista denunciados por Perón fueron los siguientes: Francisco Perdiguero, Felipe Sosa, Rolando González, Hilario Serrano, Martín Eduardo Juárez, Carlos Luis Ibarra. *Trópico*, 3/12/1949.

expresiones más contundentes de este proceso fue la transferencia de poder que, operada en favor de los obreros, cuestionó prácticas y atribuciones empresariales. De este modo, los trabajadores interpelaron tradicionales formas de paternalismo, otras fueron escindidas del control patronal adquiriendo nuevos usos y sentidos, al tiempo que fraguaron nuevas estrategias, formas de organización y negociación laboral. Una de las injerencias obreras más disruptivas fue la vinculada al control de los procesos productivos y la administración del personal, esferas –hasta ese momento-- excluyentes de la autoridad patronal. Este desafío interpeló a los industriales pero también a la dirigencia foránea y las agencias estatales, que procuraron controlar y encauzar “formal y orgánicamente” las demandas. De esta forma, el viraje del “sentido de los límites” conmocionó a la comunidad bellavistense y al propio Estado que intentó controlar el desafiante poder obrero que él mismo había alentado.

El cuestionamiento al mundo patronal también permeó en el campo político local. El declive del partido radical, dominado en Bella Vista por el propietario y el administrador del ingenio, reveló las dificultades de los planteles políticos locales por amoldarse al escenario abierto por el golpe de 1943. En medio de un clima político teñido por los cuestionamientos al sistema de jerarquías y deferencias vigente desde el “despegue agroindustrial,” el distanciamiento respecto a las tradiciones políticas previas y la búsqueda por conquistar los espacios liberados por el repliegue de los industriales, prosperaron en la escena partidaria local actores que escenificaron el nuevo mapa de poder. Entre ellos se destacaron los funcionarios del gobierno militar, mediadores entre un Estado en transformación y las comunidades locales, y los dirigentes sindicales, que pasaron a ocupar un rol central en la dinámica cotidiana y productiva de los pueblos azucareros. Atentos a la coyuntura de oportunidades abiertas con el golpe de Estado, estos referentes tejieron redes de interacción política que, desmarcadas del mundo patronal, imprimieron nuevas tonalidades al entramado partidario local. En este proceso, plagado de incertidumbres y expectativas, los conflictos por liderar las filas locales del laborismo florecieron constantemente, impregnando la cotidianeidad de los bellavistenses durante el período de emergencia y consolidación del peronismo. La drástica resolución de la huelga azucarera de 1949, cuyo corolario fue la intervención de FOTIA y de los sindicatos de base, buscó desarticular, en un mismo movimiento, la lógica desafiante que había promovido la configuración del campo sindical y político azucarero.

#### **4-Bibliografía**

- Bravo, María Celia y Florencia Gutiérrez. 2014. La política azucarera argentina: de la concertación sectorial al tutelaje estatal (1928-1949). *H-Industria* 14: 153-185.
- Bravo, María Celia. 2000. Liberales, socialistas, Iglesia y patronos frente a la cuestión de los trabajadores en Tucumán. En *La cuestión social en Argentina, 1870/1943*, comp. Juan Suriano, pp. 31-61. Buenos Aires: La Colmena.
- Campi, Daniel. 2003. Reglamento para los peones del Ingenio Bella Vista. *Estudios del Trabajo* 26: 105-109.
- Campi, Daniel. 2009. Contrastes cotidianos, los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930. *Varia Historia* 25: 245-267.
- Doyon, Louise. 2006. *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gómez, Mario. 1953. *Tucumán sus bellezas y sus personalidades*. Buenos Aires: Federación Gráfica Argentina.
- Gutiérrez, Florencia, Gustavo Rubinstein. 2012. *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*. Tucumán: Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Guy, Donna. 2008. *Política azucarera argentina. Tucumán y la generación del ochenta*. Tucumán: Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- James, Daniel. 1990. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Landaburu, Alejandra. 2012. *Niñez, juventud y educación. El proyecto salesiano en Tucumán, 1916-1931*. Tucumán: Edunt.
- Landaburu, Alejandra. 2014. *El Empresariado Azucarero y la Cuestión Social. Tucumán, 1916-1930*. Disertación doctoral, Universidad Nacional de Tucumán, Argentina.
- Levi, Giovanni. 2003. Un problema de escala. *ContraHistoria* 1: 63-70.
- Levi, Giovanni. 1993. Sobre microhistoria. En *Formas de hacer historia*, AA.VV, 119-143. Madrid: Alianza editorial.
- Lichtmajer, Leandro. 2013. *Notas sobre la génesis del peronismo en el mundo azucarero tucumano. Prácticas y experiencias políticas en la escala local*. Ponencia presentada en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Octubre 2-5, en Mendoza, Argentina.
- Mackinnon, Moira. 2003. El protagonismo del movimiento obrero tucumano en la formación del Partido Peronista (1945-1950). En *Formas tempranas de organización*

- obrera*, ed. Sergio Grez Toso, 93-121. Buenos Aires: La Crujía-Instituto Torcuato Di Tella.
- Moyano, Daniel. 2011. *Firmas familiares, empresariado e industria azucarera en Tucumán, 1895-1945*. Disertación doctoral, Universidad Nacional de Tucumán, Argentina.
- Neiburg, Federico. 1988. *Fábrica y Villa Obrera: historia social y antropología de los obreros del cemento*. Buenos Aires: CEAL.
- Padilla, Vicente. 1922. *El Norte Argentino*. Buenos Aires: Establecimiento gráfico Ferrari Hnos.
- Paterlini, Olga. 1987. *Pueblos azucareros de Tucumán*. Tucumán: Facultad de Arquitectura y Urbanismo.
- Rubinstein, Gustavo. 2006. *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Schleh, Emilio. 1944. *Cincuentenario del Centro Azucarero Argentino. Desarrollo de la industria en medio siglo. 1894-1944*. Buenos Aires: Centro Azucarero Argentino.
- Schleh, Emilio. 1947. *Compilación legal sobre el azúcar*, t. XII. Buenos Aires: Imprenta Ferrari.
- Tinsman, Heidi. 2009. *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*. Santiago de Chile: Lom Ediciones.
- Torre, Juan Carlos. 1990. *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Valeros, Manuel y Antonio Salazar. 2012. *Notas sobre la historia de Bella Vista*. Tucumán: Edición del autor.